

La Eucaristía

Presencia, don y elevación del ser personal

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Hablar de la Eucaristía es, en cierto sentido, intentar decir aquello que siempre nos supera. No porque falten conceptos, ni porque la Iglesia no haya reflexionado suficientemente sobre este misterio, sino porque nos encontramos ante una realidad que desborda toda formulación parcial.

La Eucaristía está en el centro de la vida cristiana. Y, precisamente por eso, no puede ser comprendida desde un solo ángulo. A lo largo de la historia ha sido contemplada como presencia real de Cristo, como sacrificio, como comunión eclesial, como alimento espiritual, como acción litúrgica y como anticipo de la vida eterna. Cada una de estas perspectivas contiene una verdad, pero ninguna, aislada de las demás, basta para abrazar el misterio.

El desafío no consiste en escoger una dimensión y dejar las otras en segundo plano, sino en reconocer su unidad. La Eucaristía no es una suma de significados religiosos. Es una única realidad en la que convergen la presencia de Cristo, su entrega pascual, la edificación de la Iglesia y la transformación del hombre.

Podríamos decirlo de otro modo: en la Eucaristía se unen lo ontológico, lo histórico, lo eclesial y lo personal. Ontológico, porque Cristo está realmente presente. Histórico, porque el acontecimiento pascual no queda encerrado en el pasado, sino que se hace presente sacramentalmente. Eclesial, porque de la Eucaristía nace y se edifica la Iglesia. Personal, porque quien entra verdaderamente en comunión con Cristo no permanece igual.

No estamos, por tanto, ante un rito añadido a la fe cristiana. Estamos ante el lugar donde la fe alcanza su mayor densidad. En la Eucaristía se revela quién es Cristo, qué significa la salvación, qué es la Iglesia y cuál es la vocación más profunda del hombre.

Para comprenderlo mejor, conviene mirar brevemente el hilo bíblico que conduce hasta este misterio. En el Antiguo Testamento, el pecado aparece como ruptura de la relación con Dios. Por eso la salvación implica reparación, expiación y reconciliación. El sacrificio no nace como una formalidad religiosa vacía, sino como reconocimiento de Dios, confesión de dependencia y búsqueda de comunión.



Sin embargo, el sacrificio antiguo tenía un límite. Podía expresar la necesidad de reconciliación, pero no transformaba plenamente el interior del hombre. Preparaba, anunciaba y orientaba, pero no consumaba.

La Pascua judía ofrece una clave especialmente luminosa. En el Éxodo, la sangre del cordero salva, pero el cordero también debe ser comido. No basta que exista una víctima ofrecida; el pueblo debe participar de ella. Allí aparecen ya inseparablemente unidos el sacrificio, la sangre y la comida. La salvación no se presenta sólo como liberación exterior, sino como paso hacia una nueva relación con Dios.

Israel es liberado para caminar, y en ese camino necesita alimento. El maná en el desierto expresa precisamente esa pedagogía divina: el hombre no se salva a sí mismo; necesita recibir de Dios el alimento para atravesar el desierto de la historia.

En este horizonte se entiende mejor la palabra de Juan el Bautista cuando señala a Jesús y dice: “Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. No se trata de una imagen aislada. Es la concentración de toda la economía bíblica. Cristo aparece como el Cordero, pero también como aquel que realiza de una vez por todas lo que los antiguos sacrificios sólo podían anunciar.

En el Nuevo Testamento, la Última Cena es el momento en que Cristo da forma sacramental a su entrega. No es una simple anticipación simbólica de la cruz. Es el acto en el que el Señor instituye la forma permanente en que su sacrificio será comunicado a la Iglesia.

En la cruz, Cristo se entrega libremente al Padre por amor y en favor de los hombres. En la resurrección, esa entrega no queda anulada ni encerrada en el pasado, sino asumida en la vida gloriosa. Por eso la Eucaristía no contiene un sacrificio muerto ni un recuerdo piadoso, sino el sacrificio vivo del Señor resucitado.

El Evangelio de san Juan permite profundizar en esta realidad. En el capítulo sexto, el discurso del Pan de Vida introduce un movimiento de enorme hondura: de creer en Cristo se pasa a comer su carne y beber su sangre. La salvación no queda reducida al conocimiento, ni a la adhesión interior, ni a la memoria de un maestro. Se convierte en participación real.

El lenguaje de Juan es fuerte de manera intencional. Habla de carne, sangre, comer y beber. No permite una lectura puramente espiritualista ni una reducción simbólica débil. La Eucaristía es real porque la Encarnación



es real. Si el Verbo se hizo carne, la salvación no ocurre al margen de la materia, de la historia y del cuerpo, sino a través de ellos, elevados por la acción de Dios.

Por eso, la Eucaristía aparece en el lenguaje de san Juan como participación en la vida eterna. No por una exigencia exterior, sino porque comunica sacramentalmente la vida de Cristo. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”: esta afirmación no habla de una metáfora decorativa, sino de una comunión que comunica vida.

San Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, ofrece una de las primeras formulaciones teológicas de la Eucaristía. El pan es comunión con el cuerpo de Cristo y el cáliz es comunión con su sangre. No se trata de un símbolo vacío, sino de una participación eficaz.

Pablo añade, además, una consecuencia eclesial: porque aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo. La comunión con Cristo genera comunión entre los miembros de la Iglesia. No hay Eucaristía verdadera sin incorporación al Cuerpo de Cristo.

Por eso también advierte con severidad que quien come y bebe indignamente peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Esta advertencia no busca infundir miedo, sino mostrar la seriedad del sacramento. La comunión exige conversión, coherencia y apertura real a la gracia. Recibir a Cristo no puede separarse de dejarse transformar por Él.

Así, el Antiguo Testamento expresa el deseo de comunión, y el Nuevo Testamento muestra su cumplimiento en Cristo. La Antigua Alianza prepara; la Nueva Alianza realiza. El sacrificio antiguo anuncia; Cristo consume. El maná sostiene el camino de Israel; la Eucaristía alimenta al hombre con la vida misma del Hijo.

Desde los primeros siglos, la Iglesia vivió la Eucaristía en estrecha unidad con todo el misterio cristiano. No había separación entre Encarnación, cruz, resurrección, Iglesia y sacramento. Los Padres afirmaron con fuerza que la Eucaristía es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, aunque no siempre sintieran la necesidad de explicar conceptualmente el modo de esa presencia.

En ellos, el misterio aparece en forma de intuición viva. San Justino, san Ireneo, san Ambrosio, san Agustín y tantos otros testimonian una fe



profundamente realista: el pan y el vino consagrados no son simples signos externos, sino participación verdadera en Cristo.

Con la Escolástica, y de modo eminente con santo Tomás de Aquino, la reflexión teológica introduce una precisión mayor. La pregunta ya no se limita a qué recibe la Iglesia en la Eucaristía, sino que avanza hacia el modo de esa presencia: cómo está Cristo presente, qué ocurre con el pan y el vino, cómo puede afirmarse un cambio real sin caer ni en el simbolismo ni en un materialismo tosco.

La doctrina de la transubstanciación permite afirmar que el cambio es real y ontológico. No se trata de un mero cambio de significado, ni de una presencia psicológica producida por la fe del creyente. Tampoco se trata de una presencia materialista, como si Cristo estuviera allí del mismo modo en que un cuerpo ocupa un lugar. La presencia es real, pero sacramental.

En el contexto de la Reforma, el Concilio de Trento definió con autoridad esta doctrina. No pretendió agotar el misterio, porque ningún concepto puede agotarlo, sino custodiar su núcleo frente a interpretaciones reductivas. La Iglesia afirmó así que en la Eucaristía está presente verdadera, real y sustancialmente Jesucristo.

El siglo XX recuperó con nueva fuerza la centralidad del misterio pascual, la dimensión eclesial de la Eucaristía y la liturgia como acción de Cristo y de la Iglesia. Autores como Henri de Lubac y Joseph Ratzinger mostraron que la Eucaristía no sólo contiene a Cristo, sino que edifica la Iglesia. No sólo alimenta a los fieles individualmente, sino que constituye al pueblo cristiano como Cuerpo de Cristo.

Más recientemente, la reflexión teológica y filosófica ha permitido abrir con mayor claridad otra dimensión: la relación entre la Eucaristía y la persona. Aquí resultan especialmente sugerentes algunas intuiciones de Leonardo Polo y Juan Fernando Sellés. Desde ellas puede pensarse la Eucaristía no sólo como sacramento que fortalece facultades o suscita actos religiosos, sino como una realidad que alcanza la raíz personal del hombre.

La pregunta, entonces, se vuelve más honda: ¿qué es realmente la Eucaristía?

No basta responder que es un símbolo de fraternidad, aunque genere fraternidad. No basta decir que es memoria de la Última Cena, aunque



ciertamente haga memoria. No basta presentarla como rito comunitario, aunque sea acción litúrgica de la Iglesia. No basta entenderla como devoción privada, aunque alimente la vida interior.

Todas esas aproximaciones contienen algo verdadero, pero son insuficientes si se aíslan. La Eucaristía no es un elemento periférico del cristianismo. Es su núcleo vivo.

Si la Eucaristía fuera sólo símbolo, el cristianismo tendería a reducirse a ética. Si fuera sólo recuerdo, quedaría encerrado en el pasado. Si fuera sólo rito, se convertiría en práctica cultural. Si fuera sólo experiencia subjetiva, dependería del estado emocional del creyente.

Pero la fe cristiana afirma algo mucho más profundo: en la Eucaristía acontece realmente el misterio de Cristo.

Por eso la respuesta debe formularse desde la raíz: la Eucaristía es el acto sacramental en el que el misterio pascual de Cristo se hace presente y operante, introduciendo al hombre en la comunión con Dios.

Esta afirmación no es abstracta. Significa que la Eucaristía no sólo se comprende, sino que se vive; y más todavía, que define lo que significa ser cristiano. En ella Cristo no sólo es recordado, sino recibido. No sólo es contemplado, sino comunicado. No sólo es anunciado, sino entregado.

El cristianismo no nace de una teoría, sino de un acontecimiento: la muerte y resurrección de Jesucristo. Ese acontecimiento es el misterio pascual. En la cruz, Cristo se entrega; en la resurrección, esa entrega es glorificada. No son dos hechos separados, sino una única realidad salvífica: el Hijo que se ofrece al Padre por amor y que, resucitado, comunica su vida a los hombres.

Aquí aparece una pregunta inevitable: si ese acontecimiento ocurrió históricamente, ¿cómo puede alcanzarnos hoy? ¿Cómo puede salvarnos ahora?

Una respuesta insuficiente sería decir que Cristo nos alcanza sólo como ejemplo moral. Pero el ejemplo, por alto que sea, no transforma por sí mismo el corazón humano. Otra respuesta insuficiente sería decir que Cristo nos alcanza sólo como significado religioso. Pero un significado, por hermoso que sea, no comunica vida divina.



La fe cristiana sostiene algo más: el acontecimiento de Cristo permanece eficaz. No ha quedado encerrado en el pasado. No es sólo inspiración, ni enseñanza, ni memoria. Es una realidad viva que actúa.

La Eucaristía es precisamente el modo sacramental en que ese acontecimiento único se hace presente para nosotros. No repite el sacrificio de Cristo. No añade una nueva cruz. No multiplica lo que fue ofrecido una vez para siempre. Lo hace presente sacramentalmente.

Lo que ocurrió una vez, se nos comunica hoy.

Y esto es posible porque Cristo ha resucitado. Su entrega no pertenece simplemente al pasado, sino que permanece viva en su humanidad gloriosa. En cada Eucaristía, la Iglesia no asiste a una representación externa, sino que entra en contacto real con el acto redentor de Cristo.

Desde aquí podemos comprender que sacrificio, presencia y comunión no son tres temas yuxtapuestos, sino tres dimensiones de una sola realidad. Cristo se entrega: eso es el sacrificio. Cristo está realmente presente: eso es la presencia. Cristo se nos da para unirnos a Él: eso es la comunión.

Conviene detenernos primero en el sacrificio.

En nuestra cultura, la palabra sacrificio suele ser recibida con sospecha. Se la asocia con pérdida, imposición, sufrimiento inútil o renuncia amarga. Por eso, incluso dentro del lenguaje religioso, existe la tentación de suavizarla o de reinterpretarla de manera puramente simbólica. Sin embargo, si quitamos el sacrificio, la Eucaristía pierde su centro.

Pero para comprender cristianamente el sacrificio hay que purificarlo de imágenes deformadas. El sacrificio de Cristo no es un castigo impuesto desde fuera por un Padre que exige violencia. Tampoco es un mecanismo jurídico frío, como si la salvación consistiera en saldar una deuda de manera exterior. El sacrificio de Cristo es, ante todo, un acto de amor obediente.

Cristo se entrega libremente al Padre por nosotros. Su sacrificio no nace de la necesidad, sino del amor. No es destrucción de la persona, sino donación plena. No es negación de la vida, sino entrega de la vida para comunicar vida.

En el sacrificio de Cristo se unen la libertad del Hijo, el amor al Padre, la obediencia filial, la reparación del pecado, la reconciliación del hombre con



Dios y la apertura de una comunión nueva. Cristo no ofrece algo exterior a sí mismo. Se ofrece Él mismo. Y en esto se distingue radicalmente de los sacrificios antiguos. En ellos se ofrecía una víctima distinta del oferente. En Cristo, el sacerdote y la víctima coinciden. Él es quien ofrece y quien se ofrece.

La Carta a los Hebreos expresa esta novedad con especial profundidad: Cristo entra una vez para siempre en el santuario, no con sangre ajena, sino con su propia sangre. Su sacrificio no pertenece a la lógica de la repetición, sino a la plenitud. Se ofrece una vez, pero esa ofrenda permanece viva.

Aquí se comprende el sentido de la Eucaristía. La Eucaristía no repite el sacrificio de la cruz. No añade otro sacrificio al sacrificio de Cristo. No multiplica lo que ya fue consumado. Lo hace presente de modo sacramental.

Esta distinción es muy importante. Si pensáramos que la Eucaristía repite la cruz, caeríamos en una comprensión defectuosa del sacrificio cristiano. Pero si dijéramos que sólo la recuerda, caeríamos en una reducción todavía más grave. La Eucaristía no repite, no representa teatralmente, no evoca desde la distancia: actualiza sacramentalmente.

En cada misa, la Iglesia es introducida en el único sacrificio de Cristo. No como espectadora de un acontecimiento pasado, sino como participante real en la ofrenda viva del Hijo.

Por eso la actitud eucarística no puede ser la de quien simplemente asiste. En sentido profundo, nadie “asiste” a la Eucaristía como quien presencia algo externo. La Iglesia celebra, participa, se une, se ofrece. Cada fiel es llamado a entrar en la ofrenda de Cristo y a presentar su propia vida unida a la suya.

Aquí aparece una consecuencia espiritual inmensa: la Eucaristía enseña al hombre el sentido cristiano de la entrega. El sacrificio ya no se entiende como pérdida estéril, sino como forma elevada del amor. La vida humana, unida a Cristo, puede convertirse en ofrenda.

El sufrimiento, el trabajo, la alegría, la gratitud, la enfermedad, la fidelidad cotidiana, las heridas y las esperanzas pueden ser incorporados a la ofrenda de Cristo. No porque todo sea automáticamente santo, sino porque todo puede ser asumido por la gracia y orientado al Padre.



La Eucaristía revela que el cristianismo no elimina la cruz, pero tampoco la absolutiza. La cruz sólo se entiende desde el amor, y el amor sólo se consume en la vida resucitada.

Después del sacrificio aparece la presencia.

Cuando la Iglesia afirma que Cristo está presente en la Eucaristía, no usa una expresión vaga, sentimental o poética. Habla de una presencia real. Pero aquí también conviene evitar dos errores opuestos.

El primero es la reducción simbólica. Según esta lectura, Cristo estaría presente sólo como significado, como recuerdo, como inspiración comunitaria o como fuerza moral evocada por la fe de los creyentes.

El segundo error es la reducción materialista. Según esta otra deformación, Cristo estaría presente como un cuerpo físico situado localmente al modo ordinario de los cuerpos.

La fe de la Iglesia no afirma ninguna de esas dos cosas. Cristo está realmente presente, pero su presencia es sacramental. Esto significa que la realidad de Cristo se comunica bajo signos sensibles. Los signos no son adornos externos ni simples ayudas pedagógicas. Son signos eficaces. A través de ellos, Cristo mismo se entrega.

La presencia eucarística no es imaginaria, ni meramente emocional, ni producida por la conciencia del creyente, ni puramente comunitaria. Es presencia verdadera, real y sustancial. Pero pertenece al orden sacramental. Cristo resucitado no está sometido a las condiciones ordinarias del espacio y del tiempo. Su humanidad gloriosa puede hacerse presente de un modo que supera nuestra experiencia física habitual sin dejar de ser real.

Por eso es tan importante no hablar de la Eucaristía como si en ella estuviera presente “algo” de Cristo. No recibimos una parte de Cristo, ni una energía separada de Él, ni una gracia impersonal. Está presente Cristo entero: su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad; su humanidad gloriosa y su vida filial.

La Eucaristía no es una cosa santa. Es Cristo mismo dándose sacramentalmente.

Desde fuera, los accidentes permanecen: lo que se ve, se toca y se gusta sigue teniendo apariencia de pan y de vino. Pero la realidad profunda ha



cambiado. Ya no estamos ante pan y vino en su substancia, sino ante el Cuerpo y la Sangre del Señor.

La doctrina de la transubstanciación protege esta afirmación. No intenta encerrar el misterio en un concepto, sino impedir que sea disuelto. Dice lo necesario para confesar que el cambio es real, aunque el modo de esa presencia exceda nuestra comprensión sensible.

Aquí hay también una enseñanza profunda sobre el modo en que Dios actúa. Dios no desprecia la materia: la asume. No salva al hombre sacándolo violentamente de su condición histórica y corporal, sino entrando en ella y elevándola. La Encarnación y la Eucaristía pertenecen a una misma lógica: Dios se comunica a través de lo humilde, lo visible, lo concreto.

El pan y el vino se convierten en el lugar sacramental de la entrega de Cristo.

Así, la presencia eucarística no es estática. Cristo no está presente como un objeto inerte. Está presente como quien se da, como quien ama, como quien comunica vida. Su presencia es personal y operante.

Por eso la adoración eucarística no es contemplación de una cosa sagrada, sino encuentro con una Persona viva. Se adora a Cristo presente, al Hijo eterno hecho hombre, muerto y resucitado, que permanece sacramentalmente entre nosotros.

Esta presencia tiene además una dimensión profundamente consoladora. En la Eucaristía se cumple de un modo eminente la promesa del Señor: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Cristo no abandona a su Iglesia. No la deja sólo con una doctrina, ni con un recuerdo, ni con una institución. Permanece en ella como alimento, compañía, sacrificio y vida.

El tercer eje es la comunión.

La comunión es quizá la dimensión más familiar para muchos cristianos, pero también una de las más expuestas al empobrecimiento. Con frecuencia se la entiende como un acto devocional individual: “recibir la comunión”. Aunque esa expresión es legítima, puede quedarse corta si no se comprende lo que realmente acontece.



Comulgar no es simplemente recibir algo sagrado. Comulgar es ser unido a Cristo.

La comunión eucarística no es una unión puramente moral, como la que se da entre quienes comparten ideales. Tampoco es una unión psicológica, dependiente del fervor subjetivo. Es una unión real, fundada en la gracia, por la cual Cristo comunica su vida al hombre.

El creyente no sólo piensa en Cristo, no sólo lo recuerda, no sólo intenta imitarlo. Lo recibe. Y al recibirlo, es introducido en una forma nueva de existencia.

San Pablo lo expresa con una frase que resume toda la vida cristiana: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. Esta afirmación no significa anulación de la persona, sino plenitud. Cristo no destruye al hombre al unirse a él; lo eleva, lo sana, lo integra y lo conduce a su verdad más profunda.

En la Eucaristía, el hombre no absorbe a Cristo como si Cristo quedara subordinado a él. Ocurre lo contrario: el hombre es asumido por Cristo. Cuando comemos alimento ordinario, lo convertimos en parte de nosotros. En la Eucaristía, de algún modo, sucede lo inverso: Cristo nos transforma en Él.

Esta transformación no es mágica ni automática en sentido mecánico. Requiere fe, conversión, disposición interior, vida de gracia, reconciliación con Dios y apertura del corazón. Pero tampoco depende sólo de nuestra intensidad emocional. La Eucaristía obra por la fuerza de Cristo, no por la autosugestión del creyente.

La comunión tiene también una consecuencia eclesial inmediata. Quien se une a Cristo se une a su Cuerpo. No hay comunión eucarística verdadera que pueda cerrarse en el individualismo religioso.

El pan es uno; por eso, los que participan de ese pan son llamados a ser un solo cuerpo. La Iglesia no es una asociación de personas que comparten valores religiosos. Es el Cuerpo de Cristo edificado por la Eucaristía.

De aquí se sigue una exigencia concreta: no se puede separar la comunión sacramental de la comunión eclesial y moral. Recibir el Cuerpo de Cristo exige reconocer a Cristo en su Iglesia y en los hermanos. Exige conversión del egoísmo, purificación de la soberbia, reconciliación y caridad efectiva.



La Eucaristía no deja intacta la fragmentación del corazón ni la división entre fe y vida. Quien recibe al Cristo entregado no puede vivir encerrado en sí mismo. Quien participa del sacrificio del Hijo no puede hacer de su propia voluntad el centro absoluto. Quien comulga con el Cuerpo de Cristo no puede despreciar impunemente a los miembros de ese Cuerpo.

Por eso la comunión no debe separarse del sacrificio. Cristo se ofrece y se da. El hombre participa recibiendo aquello que Cristo ofrece. La comunión es la forma en que el sacrificio llega hasta nosotros como alimento.

Sacrificio, presencia y comunión no son tres partes aisladas de la Eucaristía. Son tres dimensiones inseparables del mismo misterio. En el sacrificio, Cristo se entrega al Padre por nosotros. En la presencia, Cristo permanece realmente entre nosotros. En la comunión, Cristo se nos da para unirnos a Él.

Todo esto ocurre en una única realidad sacramental.

Hasta aquí hemos contemplado qué es la Eucaristía en sí misma. Pero ahora debemos dar un paso más: ¿qué sucede en el hombre que participa de ella?

Si la Eucaristía fuera sólo símbolo, produciría quizá emoción, identidad o memoria compartida, pero no transformación real. Si fuera sólo rito, podría ordenar la vida religiosa exterior, pero no tocaría la raíz de la persona. Si fuera sólo enseñanza moral, iluminaría la inteligencia, pero no comunicaría vida divina.

La fe cristiana afirma algo mayor: la Eucaristía transforma realmente al hombre, porque le comunica la vida de Cristo.

La cuestión entonces es precisar a qué nivel ocurre esa transformación.

Para comprenderlo mejor, puede ayudarnos una mirada antropológica. No se trata de sustituir la teología por filosofía, sino de mostrar que la gracia no cae sobre un sujeto abstracto. Alcanza a una persona concreta, abierta a Dios, capaz de recibir y de darse. En este punto, algunas intuiciones de Leonardo Polo y Juan Fernando Sellés resultan especialmente fecundas.

Leonardo Polo distingue entre lo que el hombre tiene y lo que el hombre es. El hombre tiene facultades, operaciones, hábitos, capacidades, historia,



cuerpo, inteligencia y voluntad. Pero la persona no se reduce a lo que tiene. La persona es más radical que sus facultades.

Desde esta perspectiva, la Eucaristía no actúa únicamente sobre la sensibilidad religiosa, ni sólo sobre la inteligencia, ni sólo sobre la voluntad. Ciertamente ilumina la inteligencia, fortalece la voluntad, purifica los afectos y orienta las acciones. Pero su alcance más profundo toca la raíz personal del hombre.

La Eucaristía introduce al hombre en la relación filial de Cristo con el Padre.

Esto significa que el cristiano no sólo imita exteriormente a Jesús, ni sólo sigue sus enseñanzas, ni sólo se inspira en su ejemplo. Por la gracia, participa de su vida filial. En Cristo, el hombre aprende a dirigirse al Padre como hijo.

Aquí la transformación no consiste simplemente en ser mejor persona en sentido moral, aunque también implique conversión moral. Consiste en ser elevado a una vida que supera la medida natural del hombre. El hombre es incorporado a Cristo y, en Él, es introducido en la comunión trinitaria.

En términos cercanos a Polo, la persona humana puede ser comprendida como coexistencia abierta. No es una sustancia cerrada sobre sí misma, ni un individuo autosuficiente. Es alguien llamado a vivir en apertura: apertura a Dios, a los demás, al mundo y a su propio destino personal.

La Eucaristía eleva esa apertura. No la destruye ni la sustituye. La purifica y la lleva a su plenitud en la filiación divina. El hombre no queda reducido a sujeto religioso que cumple un rito, sino que es introducido en la vida del Hijo.

Esto permite comprender que la Eucaristía no es sólo alimento para “portarse bien”. Es alimento para vivir desde Cristo. La moral cristiana nace de esta transformación previa. No vivimos cristianamente para merecer a Cristo como premio exterior; vivimos cristianamente porque Cristo se nos ha dado y nos ha hecho capaces de una vida nueva.

Desde aquí se entiende mejor la categoría del don.

Juan Fernando Sellés ha desarrollado, en continuidad con Leonardo Polo, una visión de la persona marcada por la donación. La persona no se



entiende adecuadamente desde la posesión, el dominio o la autosuficiencia. Se entiende desde el don. Esto es especialmente luminoso para hablar de la Eucaristía.

El hombre moderno tiende a verse a sí mismo como sujeto autónomo, centro de decisión, dueño de sus proyectos, propietario de su identidad. Esta mirada contiene una parte de verdad, porque la libertad personal es real y no debe ser anulada. Pero resulta insuficiente cuando convierte la autonomía en autosuficiencia.

La persona no alcanza su plenitud encerrándose en sí misma. La vida lograda no consiste en poseer más, dominar más o afirmarse más. La plenitud humana se encuentra en recibir el bien, agradecerlo y ofrecerse.

La Eucaristía revela esta estructura profunda. Dios es don originario. El Hijo se recibe del Padre y se entrega al Padre. El Espíritu Santo es don de amor. La creación misma es don. La gracia es don. La persona humana es don recibido y está llamada a convertirse en don ofrecido.

Esta formulación permite decir algo de gran belleza teológica y antropológica: el ser humano es un don recibido que está llamado a volverse don entregado.

La Eucaristía realiza sacramentalmente esta verdad. En ella, Cristo se da al hombre para que el hombre aprenda a darse en Cristo. Recibir la Eucaristía no puede terminar en apropiación religiosa. Quien recibe el don queda llamado a entrar en la lógica del don.

Por eso la vida eucarística tiene una estructura sencilla y profunda: recibir, agradecer y ofrecer.

Recibir, porque nadie se salva a sí mismo. Agradecer, porque todo bien viene de Dios. Ofrecer, porque el amor recibido pide convertirse en amor entregado.

La Eucaristía cura así una de las heridas más profundas de nuestro tiempo: el aislamiento. El hombre contemporáneo puede estar hiperconectado y, sin embargo, profundamente solo. Puede tener información, consumo, movilidad y poder técnico, pero perder la experiencia de ser recibido, amado y llamado.



La Eucaristía responde a esa fractura no con una teoría sobre la comunidad, sino creando comunión real. Cristo no sólo invita a la relación; Él mismo se entrega como principio de comunión.

Esta lógica del don permite comprender también la libertad de una manera más alta. Con frecuencia se piensa que la libertad consiste en elegir entre opciones. Esa dimensión existe, pero no agota la libertad. Elegir es importante, pero la libertad personal no se reduce a la capacidad de escoger. Una persona puede multiplicar sus opciones y, sin embargo, vivir encerrada en sí misma.

Para Leonardo Polo, la libertad se entiende mejor como apertura. Y, en clave cristiana, podemos decir: apertura al don y capacidad de respuesta.

Cristo es plenamente libre no porque no tenga vínculos, sino porque se entrega por amor. Su libertad no consiste en independencia absoluta, sino en comunión filial con el Padre. En la Eucaristía, esa libertad se nos muestra y se nos comunica.

Cristo se entrega libremente. El hombre recibe libremente. Y al recibir, aprende a responder libremente.

La libertad alcanza su plenitud no cuando queda desvinculada de todo, sino cuando puede amar. Una libertad incapaz de donarse termina empobrecida. Una libertad que sólo elige, pero no se entrega, permanece incompleta.

La Eucaristía libera al hombre del encierro del yo. Lo introduce en el movimiento del amor de Cristo. La libertad deja de girar sobre sí misma y se orienta al Padre, a los hermanos y al mundo.

Esto permite comprender que el amor cristiano no es sólo sentimiento. Es forma de vida. Es existencia recibida y ofrecida. Es gratitud convertida en entrega.

La Eucaristía alcanza la raíz personal del hombre, revela la lógica del don y conduce la libertad hacia su plenitud en la comunión.

Desde aquí se abre una consecuencia natural: si la Eucaristía transforma realmente al hombre, entonces no puede quedar confinada al ámbito del templo o del culto. Debe prolongarse en la existencia.



Una de las fracturas más características de la modernidad es la separación entre lo sagrado y lo cotidiano, entre la fe y la vida, entre el templo y el mundo. Según esta división, la religión ocuparía un espacio delimitado: ciertos lugares, ciertos tiempos, ciertos ritos, ciertas emociones interiores. Fuera de ahí, la existencia seguiría sus propias leyes: trabajo, economía, poder, técnica, relaciones, descanso, conflicto, éxito, fracaso.

Pero la Eucaristía rompe esa separación. No porque suprima la diferencia entre la liturgia y la vida ordinaria, sino porque une ambas desde dentro. La liturgia no es una evasión del mundo; es el lugar donde el mundo es devuelto a Dios en Cristo. Y la vida cotidiana no es un territorio ajeno a la gracia; es el espacio donde aquello que se celebra sacramentalmente debe hacerse existencia concreta.

Si la Eucaristía contiene el misterio de Cristo, entonces la vida cristiana está llamada a volverse eucarística. Esto significa que la Eucaristía no es sólo un momento dentro de la semana, ni un deber religioso que se cumple, ni una experiencia espiritual intensa que después queda atrás. Es la forma desde la cual toda la vida puede ser recibida, agradecida y ofrecida.

Vivir eucarísticamente es aprender a mirar la existencia desde esos tres movimientos: recibir, agradecer y ofrecer.

Recibir, porque la vida no empieza en nuestra voluntad. Antes de todo proyecto, antes de todo logro, antes de toda decisión, hemos sido dados. Existimos porque hemos recibido el ser. Vivimos porque alguien nos ha amado primero. La fe cristiana lleva esta verdad hasta su raíz: todo bien procede de Dios.

Agradecer, porque el reconocimiento del don despierta gratitud. La gratitud no es simple cortesía espiritual, sino una forma de conocimiento. Quien agradece reconoce que no es origen absoluto de sí mismo. La gratitud cura la soberbia, abre el corazón y ordena la memoria.

Ofrecer, porque el don recibido no alcanza su plenitud cuando se conserva encerrado, sino cuando se convierte en don entregado. La vida cristiana madura cuando el hombre deja de vivir sólo para sí y aprende a convertir su existencia en ofrenda.

Desde esta perspectiva, el trabajo puede hacerse eucarístico cuando se realiza como servicio y no sólo como producción. El sufrimiento puede hacerse eucarístico cuando se une a la cruz de Cristo y no se convierte en desesperación. La alegría puede hacerse eucarística cuando se vuelve



gratitud. Las relaciones pueden hacerse eucarísticas cuando dejan de estar regidas por la posesión y entran en la lógica de la comunión.

Nada auténticamente humano queda fuera de esta posibilidad de elevación. La vida familiar, la amistad, el cansancio, la enfermedad, la responsabilidad pública, el estudio, la creación artística, la educación de los hijos, el cuidado de los ancianos, la fidelidad silenciosa, el perdón difícil: todo puede ser incorporado a Cristo. No porque todo sea automáticamente santo, sino porque todo puede ser ofrecido.

Aquí puede recordarse una intuición espiritual muy bella: la presencia de Dios no pertenece sólo a los momentos explícitamente religiosos. Fray Lorenzo de la Resurrección lo expresó con sencillez en la idea de practicar la presencia de Dios en lo ordinario. La vida cristiana no consiste en abandonar el mundo para encontrar a Dios, sino en aprender a vivir el mundo desde Dios.

La Eucaristía educa precisamente en esa unidad.

El cristiano no “sale” de la Eucaristía como quien abandona un espacio sagrado para regresar a una vida profana. Sale enviado. Sale incorporado. Sale con una tarea: prolongar en la historia lo que ha recibido sacramentalmente.

La misa termina litúrgicamente, pero la vida eucarística continúa.

Esto no significa que la vida cotidiana sustituya a la Eucaristía. Sería un error. La acción social, el servicio, la caridad y el compromiso moral no reemplazan el sacramento. Más bien, nacen de él y vuelven a él. Sin Eucaristía, la acción cristiana corre el riesgo de convertirse en activismo. Sin vida entregada, la comunión sacramental corre el riesgo de quedar desmentida por la existencia.

Por eso, entre altar y vida debe existir continuidad. En el altar, Cristo se entrega al Padre y se nos da. En la vida, el cristiano aprende a entregarse unido a Cristo. En el altar, recibe el don. En el mundo, se convierte en testigo del don.

Esta continuidad permite hablar de una existencia eucarística. No una vida perfecta en sentido impecable, sino una vida en proceso de conversión, cada vez más dispuesta a recibirlo todo de Dios y ofrecerlo todo en Cristo. Una vida que aprende a no apropiarse del bien como si fuera suyo, a no



absolutizar el éxito, a no hundirse ante el fracaso y a no encerrarse en la autosuficiencia.

La Eucaristía forma un tipo de persona: una persona agradecida, reconciliada, abierta, capaz de donarse.

Desde aquí podemos pasar a otra dimensión: la Eucaristía transforma también nuestra manera de conocer. El mundo moderno privilegia el conocimiento técnico, calculador y dominador. Conocer, muchas veces, significa medir, controlar, prever, usar. Ese conocimiento tiene valor en su ámbito. La ciencia y la técnica son bienes reales cuando están ordenadas al servicio del hombre. Pero no agotan la verdad.

Hay realidades que no se conocen dominándolas, sino entrando en comunión con ellas. La persona, el amor, el sufrimiento, el perdón, la belleza y Dios mismo no se dejan comprender adecuadamente desde una mirada posesiva.

La fe introduce otro modo de conocer.

Crear no es dejar de pensar. Tampoco es aceptar ciegamente lo incomprensible. Creer es participar de una luz recibida. Es comenzar a mirar la realidad desde Cristo.

En la Eucaristía no sólo conocemos algo sobre Cristo. Empezamos a conocer desde Él.

Esto tiene consecuencias profundas. La Eucaristía educa la inteligencia, porque enseña a mirar la realidad como don. Educa la voluntad, porque la orienta hacia la entrega. Educa los afectos, porque purifica el deseo. Educa la memoria, porque impide que el pasado quede cerrado en la culpa o en la nostalgia. Educa la esperanza, porque abre el presente a la vida eterna.

Aquí puede decirse que el conocimiento cristiano no es meramente objetivo, como si la verdad estuviera ante nosotros de manera exterior. Tampoco es subjetivo, como si dependiera sólo de nuestra experiencia interior. Es un conocimiento personal y participativo. Conocer a Cristo implica ser tocado por Él. Y ser tocado por Él implica comenzar a vivir de otro modo.

La Eucaristía nos enseña que la verdad no se posee como una cosa. Se recibe como vida.



El cristiano no interpreta la realidad únicamente desde sí mismo. Aprende a contemplarla desde Cristo: desde su entrega, desde su misericordia, desde su obediencia al Padre, desde su amor por los pobres, desde su victoria sobre el pecado y la muerte.

Esto transforma también nuestra relación con el tiempo. El hombre vive en el tiempo. Está marcado por la memoria del pasado, la urgencia del presente y la incertidumbre del futuro. El tiempo puede vivirse como desgaste, amenaza, sucesión de pérdidas o carrera ansiosa hacia lo que todavía falta.

Pero el misterio pascual introduce una novedad. En Cristo, el tiempo se abre a la eternidad.

La Eucaristía hace presente el acontecimiento central de la historia: la muerte y resurrección del Señor. En ella, el pasado no queda simplemente atrás. La cruz se hace presente. La resurrección comunica vida. Y la gloria futura se anticipa sacramentalmente.

Por eso la Eucaristía no es memoria en sentido débil. No consiste sólo en recordar mentalmente lo que Jesús hizo. Es memorial en sentido fuerte: presencia sacramental del acontecimiento salvífico. Lo que ocurrió una vez en la historia alcanza ahora al creyente en su presente concreto.

La Eucaristía une el pasado de la cruz, el presente de la gracia y el futuro de la gloria. En ella, el cristiano vive en el tiempo, pero ya no queda encerrado en él. La vida eterna empieza a comunicarse aquí, no en plenitud visible todavía, pero sí de manera real. La gracia es semilla de gloria. La comunión eucarística es anticipo del banquete eterno.

Esto permite comprender una afirmación audaz pero profundamente cristiana: la vida eterna no comienza simplemente después de la muerte. Comienza ya en quien vive en Cristo. No de modo pleno, porque todavía peregrinamos en la historia; pero sí de modo verdadero, porque la gracia nos hace participar de la vida de Dios.

San Pablo lo expresa desde distintos ángulos: hemos sido incorporados a Cristo, vivimos por el Espíritu, somos hijos en el Hijo, esperamos la plenitud de la redención. La vida cristiana es una existencia todavía histórica, pero ya atravesada por la eternidad.

Por eso la Eucaristía es alimento de peregrinos y anticipo de la patria. Alimento de peregrinos, porque todavía caminamos entre fragilidad,



pecado, cansancio y combate espiritual. Anticipo de la patria, porque en ella recibimos ya la vida hacia la cual caminamos.

Esta visión impide dos errores. El primero sería reducir el cristianismo a mejora intramundana, como si la fe sólo buscara hacer más habitable este mundo. El segundo sería despreciar el mundo presente, como si la esperanza eterna anulase las responsabilidades históricas.

La Eucaristía corrige ambos extremos. Nos orienta hacia la eternidad, pero nos compromete con la historia. Nos recuerda que el mundo no es absoluto, pero también que está llamado a ser ofrecido a Dios. Nos enseña que la salvación no se reduce al progreso humano, pero que la gracia debe transformar la vida concreta.

Así se puede entender una afirmación de gran alcance: la Eucaristía es el centro oculto del mundo.

A primera vista, esta afirmación parece extraña. El mundo contemporáneo piensa que sus centros son otros: el poder político, la economía, la tecnología, los mercados, los medios, la inteligencia artificial, la fuerza militar, la opinión pública. Lo central parecería ser aquello que puede medirse, imponerse, comprarse, venderse o exhibirse.

La fe cristiana afirma algo distinto: el verdadero centro del mundo no es el poder que domina, sino el amor que se entrega.

Si el misterio pascual es el centro de la historia y la Eucaristía lo hace presente, entonces la Eucaristía es el centro sacramental de la historia. No un centro visible según los criterios del mundo. No un centro espectacular. No un centro que se imponga por fuerza. Pero sí el lugar donde la historia recibe su sentido más profundo.

En cada Eucaristía, Cristo no vuelve a morir ni añade una nueva entrega a la cruz; su única entrega permanece viva y se nos comunica sacramentalmente.

La historia no está sostenida en último término por fuerzas ciegas, ni por voluntades humanas, ni por sistemas impersonales. Está sostenida por el amor creador y redentor de Dios. La Eucaristía es el signo más humilde y más alto de esa verdad.

Humilde, porque se presenta bajo las especies de pan y vino. Alta, porque contiene a Cristo mismo. Humilde, porque puede pasar inadvertida ante



los ojos del mundo. Alta, porque en ella se comunica la vida eterna. Humilde, porque no compite con los poderes visibles. Alta, porque juzga silenciosamente toda pretensión de poder absoluto.

Desde esta luz, cada Eucaristía tiene un valor que no podemos medir. Puede celebrarse en una gran catedral o en una capilla pobre, ante una multitud o ante unos pocos fieles, con solemnidad o con sencillez. Pero en cada una de ellas se hace presente el mismo Cristo, el mismo sacrificio, la misma gracia, el mismo amor.

Esto debería cambiar nuestra manera de acercarnos a la misa. No vamos a la Eucaristía sólo para cumplir. No vamos sólo para sentir paz. No vamos sólo para escuchar una enseñanza. No vamos sólo para pertenecer a una comunidad. Vamos porque allí Cristo se da.

Y si Cristo se da, entonces todo en nosotros debe aprender a recibirse de nuevo: nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros afectos, nuestro cuerpo, nuestra historia, nuestras heridas, nuestras responsabilidades y nuestras esperanzas.

La Eucaristía no elimina la vida ordinaria. La transfigura desde dentro. No nos saca del mundo como si el mundo no importara. Nos envía al mundo con una presencia nueva. No nos dispensa de la responsabilidad. Nos da la forma cristiana de asumirla.

Aquí la Doctrina Social de la Iglesia encuentra también su raíz sacramental. La caridad social, la justicia, la solidaridad, la defensa de la dignidad humana y el servicio al bien común no nacen sólo de principios abstractos. Encuentran su fuente más profunda en Cristo entregado.

Quien ha recibido el Cuerpo de Cristo no puede permanecer indiferente ante el cuerpo herido del hermano. Quien ha comulgado con el Señor entregado no puede hacer de la vida cristiana una devoción sin consecuencias. Quien se alimenta del Pan partido está llamado a convertirse, de algún modo, en pan partido para los demás: en servicio, misericordia, presencia, escucha, justicia y amor concreto.

Esto no politiza la Eucaristía. Al contrario: impide reducir la fe a ideología. La Eucaristía no pertenece a ningún proyecto de poder. Pertenece a Cristo. Pero precisamente por eso purifica todos los proyectos humanos y recuerda que ninguna transformación social será plenamente humana si olvida la dignidad de la persona, la primacía del amor y la apertura a Dios.



La Eucaristía forma cristianos capaces de estar en el mundo sin adorar al mundo; capaces de comprometerse sin absolutizar la política; capaces de trabajar sin idolatrar la eficacia; capaces de servir sin buscar dominio; capaces de sufrir sin desesperar; capaces de agradecer sin apropiarse del don; capaces de amar sin poseer.

En este sentido, la Eucaristía no sólo sostiene la vida interior. También educa una cultura. Una cultura eucarística sería aquella que reconoce que la realidad no es botín, sino don; que la persona no es instrumento, sino alguien llamado a la comunión; que la libertad no es aislamiento, sino capacidad de entrega; que el poder no es absoluto, sino servicio; que el tiempo no es pura fugacidad, sino camino hacia la eternidad.

Amigas y amigos:

Si todo lo anterior es verdadero, entonces debemos atrevernos a mirar la Eucaristía no como un elemento más de la vida cristiana, sino como el lugar donde se revela simultáneamente el misterio de Dios y el misterio del hombre.

En ella, Dios se muestra como amor que se entrega. No como poder lejano, no como idea abstracta, no como fuerza impersonal, no como juez distante, sino como Padre que da al Hijo, como Hijo que se ofrece al Padre, como Espíritu que introduce al hombre en la comunión divina.

Y en esa misma realidad se revela también el hombre.

El hombre descubre que su verdad más profunda no consiste en poseerse de manera absoluta, sino en recibirse como don. No consiste en afirmarse contra los demás, sino en aprender a darse. No consiste en bastarse a sí mismo, sino en vivir en comunión.

La Eucaristía nos recuerda que no somos origen de nosotros mismos. Hemos sido creados, amados, redimidos, llamados. Y somos alimentados por Aquel que se entrega por nosotros.

En un mundo marcado por la fragmentación, la prisa, el aislamiento y la búsqueda ansiosa de autosuficiencia, la Eucaristía aparece como la respuesta más profunda. No como una idea consoladora, sino como una realidad viva: Cristo presente, Cristo ofrecido, Cristo entregado.

En la Eucaristía, el pasado no queda atrás, porque la cruz se hace presente. El presente no se cierra sobre sí mismo, porque la gracia actúa ahora. El



futuro no queda abandonado a la incertidumbre, porque la gloria se anticipa. Y el hombre no permanece encerrado en su propia medida, porque es elevado a participar de la vida de Dios.

Por eso la Eucaristía no es sólo alimento espiritual. Es presencia, sacrificio, comunión y envío. Es presencia, porque Cristo está realmente con nosotros. Es sacrificio, porque su entrega al Padre permanece viva. Es comunión, porque somos unidos a Él y entre nosotros. Es envío, porque quien recibe el don queda llamado a convertirse en don para los demás.

La vida cristiana comienza a madurar cuando dejamos de vivir la Eucaristía como un acto aislado y comenzamos a recibirla como forma de existencia. Entonces el trabajo puede volverse ofrenda; la alegría, acción de gracias; el sufrimiento, unión con Cristo; la libertad, capacidad de amar; la inteligencia, contemplación agradecida; la comunidad, cuerpo vivo; y la vida entera, una respuesta al don recibido.

Cristo no se queda en la Eucaristía para apartarnos del mundo, sino para enseñarnos a vivir el mundo desde Él. No se entrega para que lo encerremos en una devoción privada, sino para que aprendamos a vivir de su vida. No se nos da para que lo poseamos, sino para que, recibéndolo, seamos transformados por Él.

Ante la Eucaristía, la actitud más profunda no es dominar el misterio, sino adorarlo; no es explicarlo todo, sino recibirlo con fe; no es conservarlo como posesión privada, sino dejar que transforme la vida en gratitud y entrega.

Porque sólo quien aprende a recibir el don puede llegar a ofrecerse verdaderamente como don.

Y sólo una vida unida a Cristo descubre que la plenitud del hombre no está en cerrarse sobre sí mismo, sino en entrar en el amor que viene de Dios, vuelve a Dios y abraza al mundo desde Dios.

**2 de abril 2026
Jueves Santo**

